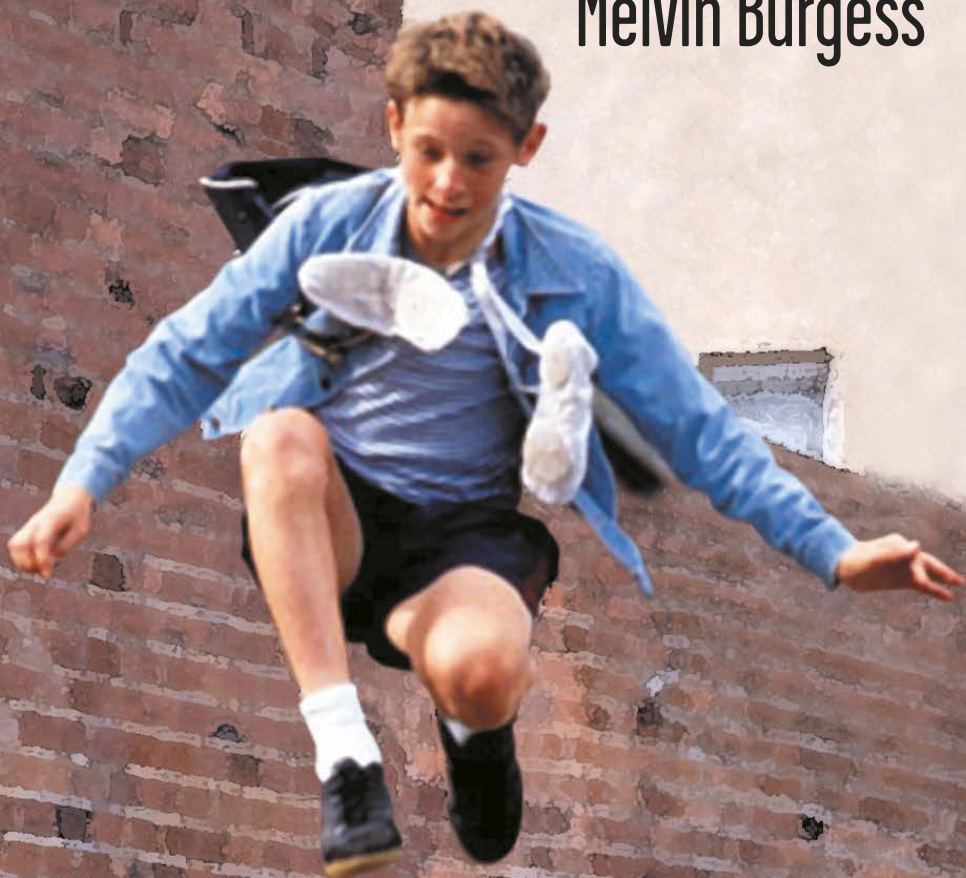


ZONA

LIBRE

Billy Elliot

Melvin Burgess



ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

ZONA
LIBRE

Billy Elliot

Melvin Burgess

Fotografía de cubierta reproducida con permiso
de United International Pictures, UIP.
Título original: *Billy Elliot* by Melvin Burgess,
based on a motion picture screenplay by LEE HALL.
Publicado por acuerdo con The Chicken House,
An Egmont Joint Venture, Londres.

D.R. © Melvin Burgess, 2001

D.R. © Editorial Norma, S.A., 2001

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,
Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma" está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: mayo 2019

Segunda reimpresión: agosto 2020

Dirección editorial: María Candelaria Posada
Diagramación y armada: Itzel Castañeda Moreno

Impreso en México — Printed in Mexico

SAP: 61089153

ISBN 978-607-13-0883-2



Billy Elliot

Melvin Burgess

 Norma

The logo for Norma features a stylized, curved symbol to the left of the word "Norma" in a bold, serif font.

mx.edicionesnorma.com

Billy

Es un idiota mi hermano, lo odio. Aunque tiene buen gusto para la música. Siempre la escucha en sus audífonos cuando estoy por ahí, para que yo no pueda oírla. Como si fuera el dueño del aire, o algo. Si pudiera, la envolvería y se la metería por el trasero.

No tengo mucho tiempo para mí, excepto temprano en la mañana antes de ir a la escuela, cuando papá y Tony están en la manifestación.

Era mejor cuando trabajaban. Podía llegar de la escuela y escuchar todo lo que quisiera durante horas. A la abuela también le gusta la música. Papá piensa que es basura moderna, pero ella está demasiado vieja para preocuparse por cosas así. De todas maneras, es probable que no recuerde lo suficiente para saber qué hacemos. En cuanto papá y Tony salen de la casa, escucho

música mientras preparo el desayuno. Ella no puede mantener los pies quietos. La oigo cantar cuando aún está en la cama. A veces se levanta y bailamos juntos por la habitación. Hace unas poses con sus brazos en el aire, tratando de equilibrarse en una pierna y girar como una bailarina de ballet, sólo que tiene casi ochenta años y últimamente tiene dificultades para caminar, más aún para bailar.

—¡Vamos, Nan! ¡Un, dos, tres!

Papá y Tony tratan de impedirselo porque creen que está haciendo el ridículo. Pero ¿quién la ve? Sólo nosotros, somos su familia. Si no puede hacer el ridículo frente a su familia, ¿dónde podrá hacerlo? Debían permitirle que baile y escuche música todo el día, si así lo desea, pero mi hermano es demasiado malo para dejar que alguien oiga algo, excepto el sonido de su voz.

—¡Salí bailando del vientre de mi madre!

Salí bailando del vientre de mi madre.

¿Es raro bailar tan pronto?

Salí bailando del vientre de mi madre.

¿Saben? Llena toda la casa. Y es, sencillamente... maravilloso.

Comencé a bailar alrededor de la mesa mientras preparaba los huevos, fingiendo que estaba tocando la guitarra. Esa música me obliga a moverme. Con mi mejor amigo, Michael, solíamos fingir que éramos estrellas de rock cuando éramos más chicos. Michael se ponía la

piyama de satín de su hermana —*glam rock*, ¿saben?— y maquillaje para parecerse a Bowie o a Marc Bolan. A mí no me interesa asemejarme a nadie; sólo me gusta la música. Era maravilloso. Solía llamarlo “mariquita” y él se me abalanzaba tratando de golpearme.

“*Boogie* cósmico” dura exactamente el tiempo necesario para cocer los huevos blandos, como le gustan a la abuela. Los saqué, los serví en los platos, arreglé la bandeja toda linda y todo. Luego la tomé, me deslicé hasta su habitación, y entré bailando el *boogie*.

—¡Hola, abuela, es el mesero bailarín! —Entré bailando, esforzándome por mantener los huevos en su lugar... ¡y la condenada vieja no estaba allí! ¡Maldita sea! Solté la bandeja y salí corriendo. Papá me mata si se pierde la abuela. Una vez desapareció toda la mañana. La policía la encontró finalmente en los alrededores de la estación del ferrocarril en Jesmond.

Cómo diablos llegó allí, sólo Dios sabe. Papá cree que probablemente estaba tratando de visitar a alguien que murió hace más de cincuenta años.

Me precipité por la puerta de atrás y corrí por el camino gritando “¡Abuela!, ¡Abuela!” lo más fuerte que podía. Me da unos sustos, Nan. No puede cuidarse sola.

Te descuidas un minuto y ¡puf!, ha desaparecido. No es que se mueva con tanta rapidez; me pregunto cómo llega tan lejos. Cuando empieza a caminar, nunca se detiene.

¡Podría matarla! Debo llegar a la escuela. Pero, bueno. No es su culpa. Es una anciana, ¿verdad?

¿Por dónde, por dónde? Pudo haber ido hacia el mar. Podemos ver el mar desde donde vivimos. Algunas veces ella baja hasta el mar y contempla las olas. Me paré allí, mirando hacia un lado y hacia otro. ¿Dónde? Pero ahí estaba la pequeña Allison, que vive cerca, mordisqueando una galleta o algo, y señaló con el dedo hacia la colina.

Salí disparado. Si la abuela había tomado ese camino, creía saber dónde estaba.

Estaba agotado cuando llegué pero, en efecto, allí estaba, en el campo debajo del viaducto. Lo sabía. Siempre va allá, es horrible: hay un estanque y podría caer en él y ahogarse. Nadie sabe por qué va a ese sitio, en realidad, nadie sabe por qué hace nada. Si le preguntamos, sólo nos mira. Supongo que jugaba aquí cuando era niña. Ha vivido aquí toda su vida. Ochenta años.

¡Ochenta años! ¡Dios!

—Abuela! —grité. Se volvió y me miró. Avancé por el alto césped. Estaba mojado. Pobrecita, estaba empapada.

Parecía aterrorizada. Ese es el problema, ¿ven?, no es sólo que no sepamos qué hace la mitad del tiempo; es ella también. Se asusta más que nadie.

—¿Quieres tus huevos? —pregunté.

—Eres nuevo —dijo.

—Abuela, soy Billy. Billy.

Asintió y sonrió vagamente.

Recuerdo aquella mañana, por esta razón: sobre el puente que pasa por el extremo del campo se detuvieron tres furgonetas y comenzaron a salir de ellas muchos policías. Era como algo salido de una tira cómica, las furgonetas continuaban vertiendo policías de su parte de atrás, como escarabajos saliendo de una ranura de la tierra. Tenían grandes escudos plásticos y porras. Parecían salidos de una película.

La abuela me vio mirando hacia arriba e hizo lo mismo.

—¿Qué son? —preguntó.

—Policías, abuela. Es la policía.

—¡Imbéciles! —Agitó su puño cerrado contra ellos—. ¡Imbéciles! —gritó. Algunos miraron hacia abajo, pero estaban demasiado lejos para prestarnos atención.

—¿Han venido por nosotros, Billy? —susurró. Puede ser una tonta ancianita, pero ha visto de todo, mi abuela. Vivió durante los años treinta y durante la guerra. Lo ha visto todo. Lo sabe todo acerca de la policía. Sabe de qué lado están.

—No, por nosotros no, abuela. No están interesados en nosotros.

—¿Por Jackie? ¿Por Tony? —preguntó. No respondí. A veces mi abuela me asusta más cuando sabe lo que ocurre. La tomé del brazo y la llevé de regreso a casa.

* * *

Estaba sacando la melodía de “Boogie cósmico” en el piano y pensando en mamá. Tony estaba en la cocina engullendo rebanadas de pan con margarina y acariciando sus pancartas. “¡No nos rendiremos!”, “¡Afuera Thatcher!”, “¡BASURA! ¡BASURA! ¡BASURA!”. Papá estaba haciendo el quehacer: lavando los platos, tratando de trapear el piso, poniendo las tazas en la repisa. Susan la que vive calle abajo, la llamamos Susan Destornillador por su cara, viene y asea un poco la casa cada cierto tiempo. La abuela estaba sentada en su cama en la habitación contigua, cantando. Cantando algo, pero no creo que fuese lo que yo estaba tocando.

Hace dos años que murió mamá. Creo que ya nadie la recuerda, excepto yo. La echo de menos, la echo de menos todos los días. La gente no ve cómo la echo de menos, pero así es. La echo de menos cuando me miro al espejo y cuando paso de habitación en habitación, o cuando jugueteo en el piano. Pienso para mis adentros que sus dedos tomaban esa manija cuando abría la puerta. La recuerdo de mil maneras. Cómo solía maquillarse en el espejo del recibidor cuando estaba apurada para salir. Hay una cajita debajo del espejo donde guardaba sus cosas. En realidad, todavía hay unos lápices de labios. Huelen un poco como olía mamá, pero ahora están viejos. Cuando estoy frente a ese espejo, a veces me pregunto, ¿si me miro durante mucho tiempo, veré su cara? Me he pasado mirando

durante siglos, tratando de ver su cara dentro de la mía. Si uno mira fijamente durante largo tiempo, la cara parece cambiar y esto me aterroriza. Recordar y echar de menos no son exactamente lo mismo, pero se parecen, y no es posible hacer lo uno sin lo otro.

Tengo una carta de mamá que me escribió hace mucho tiempo. Escuchen.

“Querido Billy”.

¿Pueden oírla? ¿Pueden oír la voz de mamá?

Escuchen. “Querido Billy, sé que debo ser para ti un recuerdo lejano. Lo cual es probablemente algo bueno. Habrá pasado mucho tiempo. Y habré echado de menos verte crecer, echado de menos tus llantos y tus risas y tus gritos, y echado de menos reñirte. Pero quiero que sepas que siempre estuve contigo en todo. Y siempre lo estaré.

Y me siento orgullosa de haberte conocido. Y me siento orgullosa de que fueras mío. Siempre sé tú mismo. Te amo por siempre”.

Esa es mi mamá. Por siempre, dice. Sólo que por siempre no existe, ¿verdad? En todo caso, no para ella. Debía haber guardado esta carta para abrirla cuando cumpliera dieciocho años, pero la abrí de todas maneras. La guardo en una caja debajo de mi cama y cada cierto tiempo la saco para leerla; no con demasiada frecuencia, porque el papel se ajará algún día. Entonces se habrá marchado para siempre. Hice una copia, sólo

para recordar exactamente lo que dijo, para cuando se aje mucho y comience a romperse. Únicamente la leo cuando estoy solo. Una vez lo hice cuando Tony estaba en la habitación. Compartimos la misma habitación. La leí cuando él estaba ahí porque quería que recordara a mamá conmigo, que lo hiciéramos juntos. Pero no quiso hacerlo.

—Deberías haberla guardado para después, como ella quería. De todas maneras, ya sabes qué dice, ¿para qué leerla? —dijo.

—¿Nunca la echas de menos? —le pregunté.

—¡Oh, déjame en paz! —dijo. Se volvió en la cama y se durmió. ¿Ven? Se los dije.

Bien. Yo estaba sacando la melodía de “Boogie cósmico” en el piano, y mientras lo hacía pensaba cómo tocaban sus dedos las teclas y hacía que saliera la música. Solía tocar para todos nosotros. La abuela bailaba por la sala, simulando ser una bailarina. Yo no sé tocar. Me agradaría tomar clases de piano, pero no lo pido, porque ¿qué diría papá?

—Billy, ni siquiera tenemos dinero para la maldita comida, mucho menos para aporrear un piano, hijo.

Así es papá. Él y Tony son idénticos. Todo el tiempo dicen que debemos bastarnos a nosotros mismos, aguantar los golpes y mantenernos unidos. No hay tiempo para recordar a la gente; ellos no tienen tiempo para eso. Están demasiado ocupados bastándose a sí mismos.

Peleando en la huelga; yo los he oído. “¡Basura! ¡Basura! ¡Basura!” Peleando en la mina. Puedo imaginarlos allá abajo, peleando con la piedra, arrancando pedazos de carbón como un par de excavadoras mecánicas. Y peleando entre ellos, y peleando conmigo también. ¿Cuál es la diferencia?

Estaban discutiendo otra vez esta mañana.

—¡Vamos, papá! ¡Llegaremos tarde! ¡Apresúrate!

Tony corría por todas partes, se calzaba las botas, batía las manos. Pero papá quería dejar todo en orden. Siempre se preocupa porque la abuela se queda sola en casa.

—Tengo tiempo de hacer el desayuno de tu abuela, ¿verdad?

—¡Maldita sea! Billy puede hacerlo. ¡Vamos!

—Espera. —Papá salió al patio. Tony caminaba de arriba abajo, murmurando para sí. Yo me limitaba a sacar la melodía en el piano. Siempre es así. Discuten y pelean. Es lo único que hacen.

Papá regresó con el cubo del carbón.

—No queda mucho carbón.

—Estaremos sacándolo de la mina de nuevo el mes próximo.

Papá permanecía allí con una expresión triste.

—No te hagas ilusiones —dijo.

Tony lo miró como si fuese un veneno o algo así. Podía sentirse la tensión en el ambiente. Tony odia que digan cosas así.

—Tú lo abandonarías todo y te quedarías en la cama si no fuese por mí, ¿verdad? —dijo.

—Tony —empezó a decir papá, pero Tony ya había salido.

—Haz lo que quieras, no te esperaré más —tomó una cantidad de pancartas y se dirigió a la puerta.

—¡Tony! ¡Tony! ¡Espéranos! —gritó papá. Pero Tony ya no estaba allí.

Papá no lo persiguió. Sólo permaneció donde estaba. Tony cree que ya renunció. Cree que cedió. No lo sé, tal vez esté en lo cierto.

Yo seguía con mi melodía.

—¡Basta ya, Billy! —me gritó súbitamente.

No le presté atención.

—Mamá me lo hubiera permitido —le dije, y continué tocando. Se me acercó por detrás y cerró la tapa del piano de un golpe. Casi me pilla los dedos. Luego salió corriendo detrás de Tony. ¿Por qué quiere que deje de tocar, si ni siquiera está aquí?

—Te veré luego en el Social —dijo cuando partía.

¡Maldito! Pensé. Odio cuando viene a verme boxear.

—Escucha. Yo boxeaba. Mi papá boxeaba. Tú tienes que boxear.

Así es papá. Lo que hizo hace doscientos años es lo que su papá hizo doscientos años antes y será lo que yo haré dentro de doscientos años. Así es como papá sabe

qué es qué. Mi hermano solía enojarlo terriblemente cuando era más joven.

"No puedes decirme qué hacer, ¡yo sé!", solía decir. Eso era antes, antes de que se convirtiera también en mi papá. Ahora es igual de terrible. Y es por eso que todos los sábados en la mañana me pongo los guantes de boxeo al cuello y bajo al club a pegarle a alguien en la cabeza por ellos.

Podría interesarme por el boxeo si me dejaran en paz. El problema es que tengo mis propias ideas sobre eso, y a ellos no les agrada. Lo interesante del boxeo no es lo que se hace con las manos. Es lo que se hace con los pies. George, el entrenador, y papá no entienden eso. Creen que se trata sólo de qué tan duro golpeas a alguien en la cabeza, pero eso es un error. Miren a Muhammad Alí. No pueden golpearlo porque no está ahí. "Flota como una mariposa, ataca como una avispa".

Si George tuviera que cantar eso, sería más bien, "Quédate quieto como una maldita roca, golpea como un maldito camión". Siempre me está gritando y diciéndome que deje de bailar.

Lo odia. "¡Pégale! ¡Pégale! ¡Quédate quieto y pelea!", exclama. Quédate quieto y déjate pegar, es lo que quiere decir. Cree que sólo lo hago para fastidiarlo. Una vez incluso se subió al cuadrilátero y me mantuvo quieto para que el otro tipo pudiera pegarme bien.

Si me dejaran en paz mientras agoto a los otros tipos y hago que se les cansen las piernas, comenzaría a ganarles. Pero no pueden esperar tanto tiempo. No piensan. Es una táctica, ¿comprenden? Nunca piensan.

Jackie Elliot

Me preocupa el chico. No hay nadie que cuide de él desde que murió su mamá. Hago lo que puedo por él, pero un chico necesita a su mamá. Especialmente un chico así.

Miren esta pelea en la que estamos ahora. Es una pelea por nuestro futuro, por nuestra comunidad. Es una pelea por mi empleo y por el de Tony, pero ¿es una pelea por Billy?

Pueden imaginar a nuestro Billy un cuarto de milla bajo tierra sacando carbón, con el sudor negro corriendo por los ojos, por la espalda.

Este no es nuestro Billy. Lo único que pude hacer por él fue pagar sus estudios, y ahora ni siquiera puedo hacer eso.

Y no estoy seguro de que pueda hacerlo otra vez.

Tony piensa que me estoy reblandeciendo. Son nuestros dueños. Así es como lo ve Tony. Pues bien, tiene razón, pero ¿entonces qué? El que sean nuestros dueños nunca nos ha hecho ganar. Recuerdo a mi papá en la huelga en los años treinta. En ese momento no eran los dueños, los empleados tenían poder. El carbón que extraían hacía funcionar las fábricas, alumbrar las calles y las casas, llevaba los barcos al otro lado del mar. Sin carbón, todo el país se detenía. Pero ahora miren lo que hay: gas natural, energía nuclear. No es preciso ir a excavar el petróleo y el gas de la tierra con las manos desnudas, sólo encontrarlo y sale como una fuente. Cómodo y fácil. Y barato.

Y, desde luego, están los estilos de vida lujosos en los que insiste la gente como nosotros. Grifería de oro en los baños. Caviar con cada comida. Es por eso que resulta más barato importar carbón de Argentina que pagarnos para sacarlo de la tierra.

Yo no creo.

Bien, les diré esto. Si la Thatcher viniera hoy aquí y me dijera: “Mira, vamos a cerrar las minas y abrir un pueblo enorme lleno de fábricas nuevas...” No sé con certeza si diría que sí o que no, pero al menos sería una esperanza. No como ahora. No eso que nos dicen, ustedes no son efectivos en costos, así que desaparezcan. Así es la Thatcher. Debe tener un puño cerrado en el lugar del corazón. Dejará podrir a la comunidad entera.

Sencillamente, no le importa. No le importamos nosotros —sobra decirlo— pero tampoco le importa nada más.

No le importa si todo el maldito país se cierra, mientras ella lo gobierne como quiere. Ya cerró la mitad del país. Todos los molinos han desaparecido, la mitad de las industrias se cerraron o se venden en el exterior. Ahora es nuestro turno. Primero pensé que podríamos lograrlo. Pensé que podíamos darle la lección que los otros trabajadores no habían podido darle. Ahora no estoy tan seguro.

Bien, quizás Tony tenga razón. Quizás me haya ablandado. Lo he visto antes, viejos tipos como yo que tienen demasiado que perder, que ya han perdido demasiado. Y yo, ya lo he perdido casi todo. Mi adorable Sarah murió, me dejó para siempre. Todos los días me despierto y pienso: ¿De verdad murió? ¿Cómo pudo suceder esto? Es increíble para mí. Y, sin embargo, de alguna manera, saben, estoy desempleado y dispongo de mucho tiempo, pero parece que nunca tengo siquiera tiempo de pensar en ella. Debo criar solo a mis hijos. Debo ocuparme de la huelga. Me comprenden. Es duro, es muy, muy duro. Persisto por Tony, porque... bien, ¿qué puede hacer Tony si perdemos esto? Después de todo, si el mundo se detuviera mañana, yo ya me he enamorado, trabajado, vivido y tenido mis hijos. ¿Pero Tony? ¿Qué tiene Tony? Fue criado para ser minero, y ¿qué es un minero sin una mina?

Por eso estoy aquí. Peleando por Tony, aunque no sé siquiera si podemos ganar. Peleando por Billy, aunque no tengo nada para él aun cuando ganemos. No tengo nada más que darle. Ni un empleo, ni una madre, ni un futuro. Sólo yo, aquí y ahora. Es todo lo que me queda.

Todos los sábados voy a ver boxear a Billy. Me pierdo del comienzo por la huelga, pero esto nos pone en el estado de ánimo apropiado para el boxeo. Las cosas se ponen duras allá. La policía, no me digan que no tienen órdenes, no tienen que ser amables, pero tampoco tienen que ser tan rudos. Pero les digo, si alguna vez les ponemos las manos encima a los hombres que pasan en los vagones a través de la manifestación, los haremos pedazos, miembro por miembro. Algunos de los jóvenes como Tony, quieren sangre. A veces lo cantan. "¡SANGRE, SANGRE, SANGRE!" Imaginen cómo será estar sentado en un vagón y escuchar eso. Y luego saber que se encontrarán con nosotros en las tiendas, o en la calle, o en cualquier otro lugar, al día siguiente...

No estoy de acuerdo con la violencia. No nos llevará a ninguna parte, siempre habrá basuras, pero puedo entenderla. Hileras e hileras de hombres que se sacrifican, que ponen a su comunidad y a su futuro antes que sus propias familias, y estos imbéciles que van en sus vagones detrás de una guardia policial para tratar de derrotarnos. Basuras. Cuando ves a las personas a cuyo lado has trabajado, hombres a quienes creías tus

amigos, hombres que fueron a la escuela contigo, o tu hijo fue a la escuela con ellos, personas en quienes creías poder confiar, y allí están, detrás de una guardia de policías de cinco hombres de frente. Te gustaría patearlos en la cabeza. Como si no fuera suficiente tener que pelear contra los jefes. ¡Tener que pelear contra tu propia gente!

Entonces, fui ese día a ver a mi hijo golpear a alguien. Recuerdo la sensación cuando conectas con el guante —¡tok!— la sientes subir por el brazo hasta el hombro. Es algo que yo hacía, que hacía mi padre, es algo. Tony también lo hacía. Ahora es el turno de Billy. Siempre le digo, “Tienes que ser capaz de pelear, hijo. Si no puedes pelear, no puedes responder por ti mismo, y si no puedes responder por ti mismo... entonces, ¿qué vas a hacer?”.

Estaban usando el piso inferior como cocina para los huelguistas, así que también tenían la clase de ballet en el recibidor. Filas de niñas vestidas de rosado subiendo y bajando, arriba y abajo.

—¡Traseros afuera! —gritó la profesora. Pensé para mis adentros, ¡Maldita sea! ¡Ballet y boxeo, qué mezcla! Me hizo reír. ¡Ballet y boxeo! Deberían darles guantes de boxeo a esas niñas y esas zapatillas rosadas a los chicos. ¡Sería tan divertido!

Nuestro Billy estaba en el cuadrilátero.

—Vamos, Billy! —grité. Podía ver que las niñas se volvían a mirarme. Animé a nuestro chico. Pensé: dejemos que lo vean, a ver qué puede hacer. Hacía tiempo no iba a verlo. No solía ser muy bueno, pero me dice que últimamente ha mejorado. Dice que su trabajo con los pies está mejor y que los golpes también.

—¡Trabaja con los pies! —dije—. Sí, necesitas trabajar con los pies, pero asegúrate de golpearlo entre paso y paso.

El viejo George estaba asegurando los guantes, preparándolos.

—¡Vamos, chicos, peleen bien! ¡Den todo de sí mismos!

El otro chico era un tipo rollizo. Era más alto y fuerte que nuestro Billy, pero algo rudo. Trabajo de pies, pensé, ¡Billy lo dejará en pie! Luego salió. Y pensé: ¡Oh, Dios!

Quiero decir, ¿a qué jugaba? ¿A Muhammad Alí? Más como el maldito de Fred Astaire. Saltaba, giraba y bailaba. Incluso giraba en círculos, dando la espalda a su oponente.

—Oh, eso no —gimió George—. Esto es un combate hombre a hombre, no una maldita fiesta. ¡Pégale! ¡Pégale! Por amor de Dios... —Me miró. Lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza.

Billy brincaba de un lado a otro; ocasionalmente se le acercaba y le lanzaba un golpe rápido. El otro permanecía allí, oculto detrás de sus guantes, observando.

—Sólo está bailando, Greavesy —dijo George—. Péga-le de una vez. Lánzate. Es como un trasero con un ataque de nervios.

—¡Cuidado, Billy! —exclamé. Demasiado tarde. ¡Uac! Greaves y se le aproximó de frente y le dio un puñetazo. ¡Bang! Y allí quedó Billy, tendido en el suelo.

—¡Jesucristo! —George estaba furioso, absolutamente furioso. Supongo que sentía que me estaba decepcionando a mí también, pero no es su culpa. A ese chico es imposible enseñarle. ¡Todas esas tonterías acerca del trabajo de los pies! Debí saber que sólo estaba soñando despierto de nuevo.

—Billy Elliot, eres una vergüenza para esos guantes, tu padre y las tradiciones de este club. Nos debes cincuenta peniques.

No pude seguir mirando. Lo único que quería hacer era venir y apoyarlo y ¿qué sucede? Tengo que presenciar su humillación. Estaba tan enojado. ¿Qué podía hacer por aquel chico? ¿Qué podía darle? Si ni siquiera puede cuidar de sí mismo frente a un gordo tonto como aquel, ¿qué hará? ¿Eh? ¿Qué es él? Y eso, ¿en qué me convierte?